



Retiro sacerdotal. Semana de Pastoral - 2008

- Lecturas:** Isaías 61,1-3 (Lec. VI, p. 35)
Salmo 109: Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec
2 Co 5, 14-20 (Lec. VI, p. 37)
Aleluya: Yo soy el buen Pastor, dice el Señor, conozco mis ovejas y las mías
me conocen Jn 10, 11-16 (Lec. VI, p. 47)
-

El mensaje del segundo Isaías es que la venida de Yahvé es inminente y revelará su gloria no sólo a Israel, median te el nuevo éxodo del pueblo desde el exilio a su patria, sino ante todos los pueblos. “*Cerca está mi salvación; mi ayuda está al llegar*” (Is 51,5) La próxima vuelta de los exilados a la patria, sería realizada por el mismo Yahvé, pero no hay descripción del regreso mismo; tuvo lugar, pero no se dice cuándo ni cómo aconteció.

Parece que la vuelta a la patria no se había realizado bajo circunstancias maravillosas y no es seguro que fuera considerada por los que tomaron parte en ella como un hecho salvífico; no se habría vivido y celebrado como cumplimiento de un gran vaticinio profético; de lo contrario, no habría caído en el olvido, como si fuera un acontecimiento carente de especial importancia. Si la vuelta a la patria fue así, los que han vuelto del exilio podrían pensar que las promesas del segundo Isaías II no se habían cumplido todavía en Israel.

En todo caso, la situación de Israel sí que había cambiado: la gran calamidad de la deportación había cedido el puesto a las pequeñas ansias de la readaptación y la reconstrucción. El tiempo que siguió a la repatriación no fue ilustre ni grande. No obstante, ese era el tiempo en el debían acreditarse los profetas. La confusa situación de la comunidad de Jerusalén del fin del siglo VI se refleja en los mensajes colocados bajo el nombre de Isaías III (Is 56-66).

El texto de Is 61, 1-3 refiere la unción del profeta. Hay en el texto puntos de contacto con los cánticos del Siervo de los capítulos anteriores y también con la promesa de un retoño del tronco de Jesé, sobre el que reposará el espíritu del Señor: espíritu de inteligencia y sabiduría, espíritu de consejo y de valor, espíritu de conocimiento y temor del Señor (Is 11, 1-2). El espíritu había sido prometido al rey mesiánico y posteriormente se le garantizó a todo el pueblo mesiánico (Joel 3; Zac 12,10). Ezequiel reavivó la importancia del espíritu e hizo un cambio de orientación desde el sacerdocio hacia la profecía. El tercer Isaías percibe también el espíritu fuera de los ámbitos del sacerdocio y la realeza y considera que su objetivo era ungir al profeta. Se considera ya la palabra ungido en relación con la escucha de Dios y la unción designa también la



iluminación interior que es necesaria para conocer la Palabra de Dios y tener la fuerza para seguirla, para anunciar la buena nueva. Por ello, el tercer Isaías canta en los capítulos 61 y 62 con gran exaltación a la Sión que emerge de las cenizas de la destrucción: una nueva Sión, un nuevo sacerdocio, nuevos sacerdotes del Señor, entre los que se encuentran también los que no eran levitas

El capítulo 61 comienza con las palabras de una voz profética que retoma en primera persona los términos del oráculo del Siervo de Is. 42: *“El espíritu del Señor está sobre mí”*. El que habla en primera persona ha recibido la unción, por medio de la cual es considerado como el Ungido = Mesías. Además en esta ocasión se dirige en general a Israel y a las naciones, sino a los “enlutados de Sión”, a los que anuncia la buena nueva de Dios que consiste en un año de gracia del Señor. Él habla a los afligidos, que no pueden ser sólo las víctimas el cautiverio en Babilonia. A ellos se les revela que se convertirán en pueblo sacerdotal de Dios, que serán reconocidos entre las naciones como la estirpe bendita de Dios. Son ellos los que reciben además la promesa de la Alianza eterna.

La vocación del profeta, en Is 61,1-3, habla del oficio de consolador que le fue encargado a este profeta, un ministerio de fuerte cuño pastoral: *“curar los corazones quebrantados y anunciar la liberación a los prisioneros”* (Is 61,1). En cuanto profeta tuvo que habérselas con circunstancias sociales y jurídicas catastróficas y con un gobierno lleno de fallos. El profeta insiste por ello en el derecho y la justicia y en la crítica de las vanas prácticas culturales, frente a las que Yahvé prefiere la misericordia social. Isaías se encuentra ya no con Israel altivo, sino con un pueblo que había ido perdiendo la fe. A causa del pecado del pueblo, que se afirma frente a la gracia divina, se ha retrasado la llegada de la salvación prometida. Ahora, en el tercer Isaías, Sión es una ciudad todavía no salvada, que sigue esperando; que debe gritar a Yahvé, hasta que realice la glorificación de la ciudad de Dios. Detrás de Isaías III se reconoce una precaria situación de Sión en espera del cumplimiento de una promesa divina que se estaba retrasando. Sin embargo Isaías III recoge imperturbable las palabras concernientes a la próxima venida de Yahvé a su ciudad. Su mensaje culmina precisamente en el esfuerzo por poner ante los ojos de sus contemporáneos la venida de Yahvé a glorificar la ciudad, como un acontecimiento cierto, que cambiará el mundo.

La especial relevancia de este texto de Isaías procede de su interpretación por Jesús en la sinagoga de Nazaret, refiriéndole a su propia unción por el Espíritu para su misión (Lc 4, 16-21).

Marcos y Mateo centran el mensaje de Jesús en torno a la llegada del Reino, Lucas lo centra en torno al don del Espíritu que reposa sobre Jesús. Juan lo llamará después vida nueva y eterna. El discurso programático en la Sinagoga de Nazaret parte del texto de Is 61,1, que Jesús declara cumplido. De esta forma, Jesús proclamó con estas mismas palabras que ya había llegado la era mesiánica (Lc 4, 16-21).



En el bautismo de Jesús, el espíritu desciende sobre él en forma de paloma y la voz que se escucha a continuación lo proclama como el Mesías esperado desde Isaías, en el que habita el Espíritu de un modo eminente. Esto constituye la base del Evangelio. Mateo declara explícitamente cumplido en Jesús lo anunciado por Isaías (Is 42, 1-4): “*Este es mi siervo a quien elegí; mi amado en quien me complazco; derramaré mi espíritu sobre él y anunciará el derecho a las naciones*”(Mt 12, 17-18). Este texto de Mateo y Lc 4, 18 enlazan explícitamente con las profecías de Isaías que ahora se han cumplido en Jesús.

Jesús se anuncia a sí mismo y su misión en la sinagoga de Nazaret con una base similar a la de Isaías: “*El Espíritu del Señor está sobre mi, porque él me ha ungido*” (Lc 4, 18 ; cf Is 61,1). La unción era el signo visible de la concesión de dones por el Espíritu de Dios requeridos para su misión. La conclusión de esta escena nos dice que Jesús ha recibido la “unción verdadera”, que Él es el Ungido esperado, que en aquella hora se le concedió formalmente la dignidad como rey y sacerdote, y también como profeta para Israel y para el mundo. Lucas describe también las palabras de Jesús en la sinagoga de Nazaret en relación con su misión profética, al resaltar que “*ningún profeta es bien acogido en su tierra*” y poniendo en relación la misión profética de Jesús con la de Elías y Eliseo (Lc 4, 25-27).

Los relatos del nacimiento de Jesús ponen de manifiesto la presencia irreplicable del espíritu en la persona de Jesús: no sólo reposa sobre Jesús el espíritu desde su nacimiento, sino que es engendrado por el Espíritu. Como ocurre con los profetas, el espíritu empuja a Jesús al desierto (Mc 1,12; 2 Re 2,16; Ez 3,12). Según Lucas resulta de este hecho una preparación especial de Jesús: lleno del Espíritu puede hacer frente a la tentación (Lc 4,1) y emprende su misión en Galilea (Lc 4,14).

En el texto de Lc 4, 16-30, el evangelista proclama que Dios ha cumplido en Jesús las antiguas promesas y que el ministerio de Jesús es el único que Dios acepta, puesto que no limita sus palabras y acciones a su propio pueblo; su ministerio que no conoce límites será precisamente la razón por la que aquel pueblo no lo aceptará, ni a él ni a sus palabras.

La declaración de Lc 4, 21: “*Hoy se ha cumplido esta Escritura*” no debería interpretarse como un dato referido al tiempo histórico de Jesús. Se trata, más bien, de una referencia al tiempo actual del cumplimiento. Estas primeras palabras del Jesús adulto en Lc, 4, 21 atestiguan la fidelidad de Dios a la promesa, que se cumplirá sin interrupción para la salvación de todos los hombres, de todos los pueblos y en todos los tiempos.

La obra de salvación que Jesús enuncia en Nazaret es una obra de consuelo para los afligidos, de curación de los corazones desgarrados, de liberación de los cautivos y de proclamación de un año de gracia - un jubileo - de carácter extraordinario, es decir, de llegada de una nueva época llena de la gracia de Dios. Se trata de la gran obra pendiente de la reconciliación de los hombres con Dios y entre ellos.



Pablo sabe que Dios, en su misericordia, le ha confiado el ministerio de anunciar a los hombres la reconciliación realizada por Cristo. Frente a quienes ponen en cuestión su ministerio apostólico, Pablo lo acredita refiriéndose a su correspondencia al amor de Cristo. Pablo se siente apremiado en su misión por el amor demostrado por Cristo. Siente que no tiene otra opción salvo imitar la abnegación y entrega de Cristo, que murió por todos. Uno murió por todos y todos murieron con él al hombre viejo, para vivir en adelante no para sí, sino para el que murió y resucitó a la vida por ellos. El efecto salvífico de la muerte de Cristo es la vida nueva, que se manifiesta en la muerte a todo lo que es opuesto a Dios, para asumir una conducta de vida igual que la de Jesús. Para quien muere con Cristo, lo antiguo ha pasado y lo nuevo ha comenzado en él: es en Cristo una criatura nueva. Esta nueva creación es obra de Dios, que en su Hijo Jesucristo nos ha reconciliado con él; es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuenta de sus pecados. Este amor del Padre y de Cristo apremia al apóstol a llevar cabo el ministerio que se le ha confiado: *“nos encargó el ministerio de la reconciliación... y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación”*. Los apóstoles no son solamente representantes oficiales, como enviados o *embajadores de Cristo*, sino que prolongan la única misión de Cristo, de manera que Cristo actúa a través de ellos; por ello, *“es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio... que os reconciliéis con Dios”*. Y así lo pide Pablo a los cristianos de Corinto en nombre de Cristo. Esta reconciliación con Dios es necesaria y previa para que los fieles de Corinto se reconcilien también de forma verdadera con Pablo.

La reconciliación es obra de Dios y ha acontecido por medio de la obra de Cristo, por su muerte y resurrección.. En cuanto obra de Dios en Cristo, la reconciliación es un regalo, que va dirigido a nosotros o al mundo, por medio del evangelio, que es el mensaje de la reconciliación. A ese regalo corresponde, por parte del hombre, la aceptación de la reconciliación. La exhortación *“dejaos reconciliar con Dios”* se corresponde con la exigencia de la fe, que se opone a cualquier quehacer del hombre por el que trate de justificarse a sí mismo.

La reconciliación consiste en poner punto final a la enemistad entre Dios y los hombres *“cancelando la deuda de los delitos humanos”* (2 Co 5,19), es decir, rehabilitando al pecador, justificándole, santificándole y haciéndole experimentar la paz y la alegría y la esperanza que brotan de que *“el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha dado”* (Ro 5, 5).

Al mensaje de la reconciliación corresponde el *“ministerio de la reconciliación”* (2 Co 5, 18) encomendado al apóstol. No se trata sólo de un servicio cultual, que actualice la reconciliación, sino también de la acción reconciliadora en el mundo y de la llamada a la fe para aceptar la reconciliación anunciada. Así lo explicita Pablo en la carta a los Romanos: *“Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Este ha de ser vuestro auténtico culto. No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”* (Ro 12, 1-2).



A este fin se ordena nuestro ministerio de la reconciliación, que realizamos mediante el anuncio de la palabra de la reconciliación, que nos ha sido confiada, y la representación sacramental de Jesucristo, de forma específica en el sacramento de la reconciliación.

Exhortar a todos en nombre de Cristo para que se dejen reconciliar con Dios, acogiendo su amor y su perdón, es para nosotros prolongar la misión de Cristo, el Buen Pastor, que ha dado la vida por sus ovejas.

La imagen de Jesús como Buen Pastor tiene su precedente más inmediato en el Antiguo Testamento, en el que Dios aparece como el pastor de Israel. Esta imagen ha marcado hondamente la piedad de Israel y se ha convertido en mensaje de confianza y consuelo, sobre todo en tiempos de calamidad. La expresión más bella de esta piedad se halla en el salmo 23: *“El Señor es mi pastor, nada me falta. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo”*

El profeta Ezequiel desarrolló más la imagen Dios como pastor de Israel, frente a los malos pastores del pueblo en su tiempo, a los que recrimina su conducta. Ezequiel promete que Dios mismo buscará a sus ovejas y cuidará de ellas: *“Las sacaré de entre los pueblos, las congregaré de los países, las traeré a la tierra... Yo mismo apacentaré mis ovejas,... buscaré las ovejas perdidas, haré volver a las descarriadas, vendaré a las heridas, curaré a las enfermas; a las fuertes y gordas, las guardaré”* (Ez 34, 13.15-16). Estas descripciones de la tarea del pastor están en el trasfondo de las parábolas de Jesús sobre los pastores en los evangelios sinópticos y en el sermón de Juan sobre el pastor.

El profeta Zacarías introdujo posteriormente un elemento nuevo en la imagen del pastor, cuando profetiza en referencia al futuro Mesías: *“Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño”* (Zac 13,7). Aquí muestra Zacarías la imagen de un pastor que, según el designio de Dios, sufre la muerte. Y Mateo ve cumplida esta profecía en Jesús después de la última Cena y camino del monte de los olivos (Mt 26,31), Esta visión del pastor asesinado, que a través de la muerte se convierte en salvador, está unida a otra imagen del libro de Zacarías: *“Derramaré sobre la dinastía de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de clemencia. Me mirarán a mí, a quien traspasaron”* (Zac 12,10). Así se pone en relación la imagen del siervo de Dios con la del pastor que sufre y muere por las ovejas. Juan cierra el relato de la pasión de Jesús con una referencia a Zacarías 12,10: *“Mirarán al que atravesaron”*. (Jn 19,37). Es claro que el pastor asesinado y salvador es Jesucristo crucificado.

Jesús dice: *“Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas.. Yo doy mi vida por las ovejas”*. La cruz es el punto central del sermón del buen pastor, porque él entrega libremente la vida: *“Yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente* (Jn 10,17). La vida que el Buen Pastor da por las ovejas se concreta en su Palabra de la verdad y en su Palabra hecha carne *“para la vida del mundo”* (Jn 6, 51). Así, Jesús no es solo el pastor, sino también el alimento, el verdadero pasto, en su Palabra de vida y en su Cuerpo entregado en la Eucaristía.



Entre el pastor y el rebaño hay un conocimiento mutuo. Jesús dice: *“Yo soy el buen pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre”* (Jn 10, 14-15). *“Él va llamando a sus ovejas por su nombre y las saca fuera... y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz”* (Jn 10, 3-4).

El pastor conoce a sus ovejas, porque le pertenecen; y ellas lo conocen porque son suyas. El verdadero pastor no posee las ovejas como una cosa que se usa y se consume; las ovejas y el pastor se pertenecen mutuamente, porque hay entre ellas y el pastor una relación de mutuo conocimiento y aceptación.

El conocimiento mutuo entre Jesús, Buen Pastor, y las ovejas, es el mismo conocimiento que hay entre Jesús y el Padre. Para el pastor al servicio de Jesús, esto significa que sólo en Dios y a través de Dios puede conocer verdaderamente al hombre. El hombre sólo se conoce a sí mismo cuando aprende a conocerse a partir de Dios; y sólo conoce al otro cuando ve en él misterio de Dios. Por ello, el pastor al servicio de Jesús no debe sujetar a los hombres a él mismo, ni vincularlos a su pequeño yo. El conocimiento recíproco que le une a las ovejas, que le han sido confiadas, debe tender a introducirse juntos en el conocimiento de Dios, para encontrarse en la comunión del conocimiento y del amor de Dios. El pastor al servicio de Jesús debe ir él mismo siempre más allá de sí mismo hacia la unión con Jesús y con Dios; y debe llevar siempre a sus ovejas más allá de él mismo, para que el otro encuentre toda su libertad. El Yo propio de Jesús está siempre abierto al Padre, en íntima comunión con Él; nunca está solo y puede decir: *“Mi doctrina no es mía”*.

El sermón del Buen Pastor recoge el eco del profeta Ezequiel cuando Dios anuncia: *“Voy a recoger a los israelitas de las naciones donde se marcharon, voy a congregarlos de todas partes... Los haré un solo pueblo en mi tierra, en los montes de Israel... no volverán a ser dos naciones ni volverán a desmembrarse en dos reinos”* (Ez 37, 15.17.21s). El Buen Pastor, Jesús, dice: *“Tengo además otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor”* (Jn 10, 16).

La misión de Jesús como buen pastor no tiene que ver solo con las ovejas dispersas de la casa de Israel, sino que se orienta, en general, *“a reunir a todos los hijos de Dios dispersos”* (Jn 11, 52). Por tanto, la promesa de un solo pastor y un solo rebaño dice lo mismo que aparece en Mateo, en el envío misionero del resucitado: *“Haced discípulos de todos los pueblos”* (Mt 28,19). *“Recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo”* (Hch 1,8).

El discurso del pastor no comienza con la afirmación *“Yo soy el buen pastor”*, sino con otra imagen: *“Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas”* (Jn 10,7). Y Jesús había dicho antes: *“Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas,... ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas”* (Jn 10,1). Con estas palabras da Jesús la pauta de actuación a quienes después de su ascensión al cielo van a ser pastores de las ovejas en su nombre. Solo serán



Carlos López Hernández

pastores verdaderos si entran al aprisco a través de Jesús, que sigue el pastor, a quien le pertenece el rebaño. El texto de Jn 21, 15-17, donde el Señor encomienda a Pedro el cuidado de las ovejas, muestra concretamente cómo se realiza el entrar al aprisco por la puerta, que es Jesús: “*Simón, ¿me amas? Apacienta mis ovejas*”. A través del amor que le hace ser una sola cosa con Jesús. Así llegará Pedro a las ovejas a través de Jesús; no las considera suyas, sino como el rebaño de Jesús. Si llega a las ovejas unido a Jesús en el amor, las ovejas reconocerán su voz como la voz de Jesús y lo seguirán. Al seguir a Pedro, seguirán a Jesús, por el cual Pedro llega a ellas. De forma, por medio de Pedro, es Jesús mismo quien las apacienta.

22 de Septiembre de 2008